

tualmente. Mr. Mollien, á quien repugnaban hasta los expedientes útiles, cuestionó en teoría sobre el principio de los socorros al comercio. Napoleon no hizo cuenta de sus observaciones y le ordenó que socorriera á cierto número de casas; pero el ministro se desquitó de su derrota disputando con estas casas, ora sobre la seguridad de las fianzas que ofrecían por los auxilios, ora sobre la posibilidad de salvarlas, de lo cual resultó una gran pérdida de tiempo. Además una de ellas, jactándose de un beneficio de que el mismo bienhechor no se jactaba, divulgó lo que el gobierno había hecho por ella, y malogróse así la ventaja de los socorros prontos y secretos: se supo que existía la crisis y todos se entregaron al pánico de costumbre. Brevemente sobrevino un caos de casas desmoronándose unas sobre otras, y arrastrándose recíprocamente en su caída. Napoleon, según su carácter de siempre, lejos de intimidarse ante la dificultad, socorrió pública y repetidamente á las principales casas apuradas, á pesar de cuanto pudiera decir el ministro del Tesoro; pero no se le logró la satisfacción de salvar más que á una mínima parte de los comerciantes y fabricantes por quienes se había interesado.

Las casas, que habían especulado sobre azúcares, cafés, algodones y maderas de construcción fueron las primeras en venirse abajo: siguiéronlas aquellas que no habían especulado sobre las primeras materias, pero que se dedicaron al hilado, al tejido, al estampado de las telas de algodón más allá de las necesidades del consumo, viviendo de los créditos que les facilitaban sus banqueros; no teniendo salvación después de faltarles. Las ciu-

dades de Rouen, Lila, San Quintin, Mulhouse, fueron destrozadas como por una plaga asoladora. Después de la industria algodonera tocó el turno á la de paños. Una opulenta casa de Orleans, dedicada al comercio de lanas hacia más de un siglo, quiso apoderarse de todas las que de España había sacado el gobierno y vendía en pública subasta; compró sin medida; revendió á fabricantes que manufacturaban también sin tasa; les prestó su crédito, valiéndose en cambio del suyo y creando una masa de papel moneda que sacaba de ellos, y que banqueros complacientes descontaban con enorme usura; habiendo hecho alto estos banqueros, todo el armazón se vino abajo, y una sola casa de provincia hizo así una quiebra de 12.000,000 de francos, suma crecidísima ahora y todavía más entonces. La exclusión de los paños franceses de Rusia fué un nuevo golpe para esta industria: la del refinado, que había especulado sobre los azúcares, la de las pieles preparadas, que había especulado sobre los cueros introducidos por medio de licencias, sufrieron también como las otras. Por último la sedería, que había fabricado mucho, aunque no cometiendo excesos á causa de ser una industria antigua, experimentada, menos deslumbradora por la novedad y exageración de las ganancias, recibió asimismo un golpe sensible de resultados de los nuevos reglamentos comerciales de Rusia y de la ruina de las casas de Hamburgo que, á falta de americanos, servían para la exportación de los productos lioneses. Agregándose el retraimiento de todos los créditos á la súbita privación de salidas, quedó en Lion la fabricación suspensa de todo.

Pronto se hallaron masas de jornaleros sin trabajo en Bretaña, en Normandía, en Picardía, en Flandes, en el Lionés, en el Forez, en el condado Venesino, en el Langüedoc. Solo en Lion, de catorce mil telares quedaron la mitad parados: en Lila, en San Quintin, en Reims, en Amiens, en Rouen, quedaron sin qué hacer lo menos las tres cuartas parte de los brazos durante la mitad del invierno y toda la primavera. Muy afligido Napoleón por estas ruinas acumuladas y mas particularmente por estos padecimientos populares, quería aliviarlos á toda costa, temiendo el efecto que podrian producir en el momento de las fiestas que preparaba para solemnizar el nacimiento de su hijo. Consejos celebraba sobre consejos, y aprendía harto tarde que existen tormentos contra los cuales el genio y la voluntad de un hombre, por grandes que sean, nada pueden. No era su sistema de exclusion respecto de los ingleses la causa del mal, pues se cometen excesos de produccion en los países lo mismo donde el comercio es completamente libre que donde no lo es, y aun quizá mas; pero sus combinaciones complicadas habian contribuido á las locas especulaciones sobre las primeras materias; la usurpacion de la soberanía de Hamburgo habia precipitado la ruina de casas indispensables para sostener la vasta armazon del crédito continental de aquel tiempo; sus últimas ventas habian apresurado la crisis, y sus socorros habian sido muy lentos y harto cuestionados á causa de las opiniones personales de su ministro; últimamente su famosa tarifa del 50 por 100 prolongaba el mal, pues los fabricantes que comenzaban á dar salida á sus manufacturas y hubieran

querido ponerse á trabajar de nuevo, no se atrevian por razon de la carestía de las primeras materias procedente de la subida de los derechos. Así el tejido, el hilado, el refinado, la tenería se hallaban en paralización absoluta. No es que se fabricaba menos, sino que no se fabricaba nada.

Rechazando las teorías de Mr. Mollien y celebrando frecuentes consejos con los ministros de lo Interior y de Hacienda, con el director general de aduanas y con muchos comerciantes ó fabricantes ilustrados, tales como Mrs. Fernaux y Hottinquer, imaginó Napoleón un medio que produjo algunos buenos efectos, y fué el de hacer muy secretamente y á su costa, aunque al parecer por cuenta de fuertes casas de banca, compras en Rouen, en San Quintin, en Lila, como para dar á entender que la venta volvia naturalmente á seguir su curso. En Amiens prestó muy á las calladas, á los fabricantes, que seguian manufacturando cosas de lana, sumas iguales al jornal de sus operarios. A Lion encargó por valor de muchos millones de sedería para las residencias imperiales. Sin duda que estos socorros no equivalian á la reposición efectiva de los negocios, pero no dejaron de ejercer influencia, sobre todo en Rouen, donde las compras de origen desconocido tomaron la apariencia de verdaderas compras é hicieron creer que el movimiento comercial ya volvia. De todas maneras permitieron esperar menos afanosamente el renacimiento positivo de los negocios.

Con especialidad se interesaba solícitamente Napoleón por la ciudad de Paris, cuyo pueblo vivo, entusiasta, patriota, se habia manifestado muy sensible á la gloria del reinado, y donde se

iban á juntar una porcion de príncipes para asistir al bautizo del rey de Roma. Ya habia experimentado que en Paris se ejecutaban muy bien las fabricaciones para el uso de las tropas. Inmediatamente encargó una inmensa construccion de cajones, de carros de artilleria, de arneses, de uniformes, de ropa blanca, de calzado, y de manufacturas de sombrereria y de guantes. A la par hizo comenzar mas pronto que de costumbre y en mas vastas proporciones las obras anuales de los grandes monumentos de su reinado.

Por lo demas esta situacion, aunque fuera muy penosa, tenia una ventaja esencial sobre la de Inglaterra. Brevemente mejoraria el tiempo, haciendo desaparecer la superabundancia de las manufacturas, trayendo á los americanos, que ya se aprestaban á volver é iban á reemplazar á los hamburgueses y á los rusos en nuestros mercados, y á proporcionarnos los algodones y los tintes de que la industria tenia necesidad apremiante. Al revés la situacion de los ingleses, si se persistia en bloquear su comercio, sin darles ningun aliado en el continente, debia ser intolerable dentro de poco.

Sin embargo, por el momento era extremadamente crítica la situacion del comercio y la industria de Francia. Napoleon recibió diputaciones de los tribunales de comercio, y en su lenguaje original, familiar, vigoroso, les dirigió un discurso, del cual quiso que se divulgaran todo lo posible el sentido y las principales expresiones. Preguntando ó escuchando alternativamente, mezclando palabras carinosas á las mas vivas genialidades, habló á estas diputaciones poco mas ó menos en esta forma. Atentos tengo los oidos á lo que se dice en vuestros

vosotros, y sé las especies que se os escapan en el seno de vuestras familias y entre vosotros sobre mi política, sobre mis leyes, sobre mi persona. No conoce mas que su oficio de soldado, repetis á menudo, no entiende nada de comercio, y á su lado nadie hay que le pueda enseñar lo que ignora. Sus providencias son extravagantes y han causado nuestra actual ruina. Vosotros que decis todo esto, sois los que no entendeis nada de comercio ni industria. Ante todo vuestra actual ruina, no es culpa mia, sino vuestra. Habeis creído que se podia hacer fortuna en un dia solo, como se hace á veces en la guerra ganando una batalla, pero no sucede asi en la industria: trabajando toda la vida, obrando cuerdamente, reuniendo los productos del trabajo á las acumulaciones de la economia, es como se llega á la riqueza. Pero entre vosotros unos han querido especular sobre las repentinas variaciones del precio de las primeras materias, y se han engañado á menudo, labrando en vez de su fortuna la ajena. Otros han querido fabricar diez varas de tela cuando no habia salida para cinco, y han perdido donde debieran haber ganado. ¿Tengo yo la culpa de que la codicia haya perturbado la razon á muchos de vosotros? Pero con paciencia se enmiendan hasta los propios errores, y trabajando mas sensatamente se recupera lo perdido. Cometisteis faltas este año, y sereis mas cautos y felices el año que viene. Por lo que hace á mis providencias ¿qué sabeis vosotros si son buenas ó malas? Encerrados en vuestros talleres, no conociendo unos mas que lo concerniente al algodón ó á la seda, otros nada mas que lo relativo al hierro, la madera, las pieles, no abarcando el conjunto de

las industrias, ignorando las vastas relaciones que tienen entre sí los Estados, ¿cómo podeis saber si los medios que empleo contra Inglaterra son eficaces ó dañosos? Sin embargo, preguntad á aquellos de vosotros que han ido furtivamente á Londres para entregarse al contrabando, preguntadles que es lo que han visto. Sé cual es su lenguaje como sé el vuestro, porque estoy informado de todos vuestros actos y de todos vuestros discursos. Asombrados han vuelto de la penuria de Inglaterra, de lo atestados que están sus almacenes, de la creciente baja de su cambio, de la ruina de su comercio, y muchos al regresar han dicho de mí y de mis providencias: «Podrá ser que tenga razon *este diablo de hombre!*» Ya se ve que sí, tengo razon y mucho antes de lo que habia imaginado, porque Inglaterra ha llegado á una situacion casi desesperada mucho mas pronto de lo que creí nunca. Con sus productos ha hartado á las colonias españolas, á las suyas; á las vuestras, para no sé cuantos años. No ha sido posible pagarla, ó se le ha pagado en azúcar, café, algodón, cuyo valor he destruido entre sus manos. Sobre este azúcar, este algodón, este café toman los negociantes letras de cambio que van al Banco y que se convierten allí en papel moneda. Para asalariar el gobierno á su ejército y su marina, saca tambien del Banco y origina nuevas emisiones de papel moneda. ¿Y qué os parece que resultará de esto dentro de poco? Forzoso es que se desplome el edificio. ¿Nos hallamos ya en este caso nosotros? No, ciertamente. Os he desembarazado del papel moneda, y apenas quedan algunas rentas para que situen sus economías los rentistas en corta escala. En numerario

me ha proporcionado la Europa mas de mil millones de francos de contribuciones de guerra: aun tengo doscientos en oro ó plata en mi tesoro: recaudo anualmente novecientos de impuestos bien repartidos, y vosotros poseeis todo el continente para colocar vuestros productos. No hay pues analogia de situacion entre la Inglaterra y nosotros. Fuerza es que ella sucumba tarde ó temprano. Verdad es que le quedan algunas salidas en Suecia, en Prusia, y *mas lejos* (alusion á Rusia), por las cuales continuan infiltrándose en Europa los productos ingleses; pero tranquilizaos, lo pondré en orden todo. Aun hay defraudadores, pero ya caerán en mis manos; los que se libren de los aduaneros, no se librarán de mis tropas; y los perseguiré, donde quiera; entendedlo bien, en todas partes.

Al pronunciar estas últimas palabras mostrábase Napoleon amenazante en grado sumo, y habia toda una nueva guerra en su gesticulación, en su acento y en su mirada. Volviendo á tomar el hilo del discurso, decia: Ya sé que es larga y penosa esta guerra á Inglaterra. ¿Pero que quereis que haga? ¿A qué medios quereis que apele? Aparentemente, puesto que tanto os lamentais de que el mar esté cerrado, anhelais que esté abierto, que no domine en sus aguas una sola potencia á costa de las otras, y no quite sus colonias á todas las naciones, ó no se arrogue una especie de tiranía sobre todos los pabellones. Por lo que á mí hace, estoy fijo irrevocablemente en este punto; nunca abandonaré los derechos de los neutrales, ni permitiré que jamás prevalezca el principio de que el pabellon no cubre la mercancía y de que el neutral ha de ir á recalar á Inglaterra para pagar allí

tributo. Si cayera en la vileza de tolerar tales teorías, pronto no podríais salir de Rouen ó del Havre sin pasaporte de los ingleses. Mis decretos de Berlin y Milan serán leyes del imperio hasta que renuncie Inglaterra á sus desatentadas pretensiones. Ya los americanos solicitan reaparecer en nuestros puertos, y traer su algodón y llevarse vuestra seda, lo cual será para vosotros un grande alivio. Pronto estoy á consentirlo, bien que á condicion de que en ellos han de hacer respetar los principios que yo sostengo y son los suyos como los de todas las naciones marítimas y de que, si no pudiesen conseguir que Inglaterra los respete en ellos mismos, le han de declarar la guerra; de lo contrario, por mucha necesidad que tengais de su concurrencia les trataré como á ingleses, les cerraré mis puertos, y mandaré que se les caiga encima. ¿Cual quereis que sea mi porte? Ciertamente si yo hubiese podido formar almirantes de la misma manera que he formado generales, hubiéramos batido á los ingleses, y se estableciera despues una buena y sólida paz; no calcada sobre la de Amiens, que oculte mil resentimientos implacables y mil intereses no reconciliados. Por desgracia no puedo hallarme en todas partes. No pudiendo batir por mar á los ingleses, los bato por tierra, los persigo á lo largo de las costas del viejo continente. A pesar de todo no renuncio á atacarlos por mar, porque nuestros marineros son cuando menos tan valerosos como los suyos, y nuestros oficiales de mar valdrán tanto como los de la marina británica luego que estén ejercitados. Voy á poseer cien navios desde el Texel hasta Venecia; quiero tener doscientos. Quiero hacerlos salir á pesar su-

yo; perderán una, dos batallas, pero ganarán la tercera ó á lo menos la cuarta, porque al cabo saldrá un hombre de mar que haga triunfar nuestro pabellon, y entretanto yo tendré mi espada apuntada al pecho de todo el que quiera ir en auxilio de los ingleses. Forzoso será que sucumban, aun cuando el infierno se ponga de su parte. Convento en que esto es largo; pero entretanto ganais con desarrollar vuestra industria, con haceros manufactureros, con reemplazar en el continente los tejidos, la quincalla y los paños de Inglaterra. Despues de todo no es mal lote el de tener un continente al cual proveer. Continuamente cambia el mundo; no hay un siglo que se parezca á otro: antes para ser rico se necesitaba tener colonias, poseer la América, la India, Santo Domingo; ya empiezan á pasar estos tiempos, ahora se necesita ser fabricantes, tener con que proveerse de lo que se iba á buscar á otras partes, hacer cada cual su azúcar, su añil, sus indianas. Si el tiempo no me falta, vosotros llegareis á fabricar todo esto, no porque yo desdeñe las colonias y las especulaciones marítimas, necesarias sin duda, sino porque la industria manufacturera tiene una importancia igual cuando menos, y mientras procuro ganar la causa de los mares, la industria francesa se crea y desarrolla. Cabe pues esperar en situacion semejante: entretanto padecen Burdeos y Hamburgo; pero, si padecen hoy, es para prosperar mañana con el restablecimiento de la libertad de los mares: todo tiene su lado bueno y malo: conviene saber sufrir para lograr un grande objeto, y en todo caso este año no habeis sufrido por causa de este objeto, sino por vuestros propios errores. Conozco

vuestros negocios mejor que vosotros mismos; preceded con cordura y perseverancia, y no os deis prisa á juzgarme, pues me censurais frecuentemente, cuando solo vosotros sois dignos de censura. A mayor abundamiento velo por vuestros intereses y se os proporcionará todo el alivio que sea posible (1).

Tales eran los discursos con que Napoleon es-

(1) Este discurso, como otros muchos de Napoleon ya citados, no se reproduce aquí, en sustancia, se entiende, sino porque es auténtico, y porque hemos podido hallar su sentido, ya que no sus mismas expresiones, y por consiguiente tiene toda la verdad deseable y posible. A pesar de la autoridad de los antiguos que pusieron discursos en boca de sus personajes históricos, y á quienes se les perdona en gracia de la verosimilitud moral de los tales discursos, no creemos semejante ejemplo admisible ni imitable entre los modernos. Mas cerca los antiguos del origen de las cosas, aun no habian separado completamente la historia de la poesía. Esto ya se ha efectuado entre nosotros, y no es lícito volver á lo antes practicado. No debe quedar en la historia mas poesía que la que pertenece á la verdad rigurosa inevitablemente: se puede analizar, resumir un discurso pronunciado de una manera cierta por un personaje, pero á condicion de que este discurso se haya verdaderamente pronunciado, de que su sentido sea exactamente el mismo y hasta la forma, cuando ha sido posible hallarla. Siempre he hecho en esta historia lo que con el discurso de que ahora se trata. Este discurso dirigido á los tribunales de comercio fué reproducido por una porcion de periódicos alemanes, comentado por todas las diplomacias, enviado á la corte de Rusia, recogido por la policía, y aunque disperso en la memoria de los contemporáneos, conservado de manera de recoger sus principales rasgos. Asi no vacilamos en afirmar que es verdadero en la sustancia y hasta en la forma de la mayor parte de los ataques dirigidos por Napoleon á sus interlocutores industriales.

trechaba y sojuzgaba á sus interlocutores del comercio, y les deslumbraba sin convencerles, aunque tuviera razon contra ellos sobre casi todos los puntos. Pero es asunto de eterna sorpresa ver cuán prudente es uno cuando aconseja á los demas, siéndolo tan escasamente cuando se trata de aconsejarse á si propio. Napoleon tenia razon al decir á aquellos negociantes que sufrían por causa de sus propios errores, los unos por haber producido demasiado y los otros por haber especulado sin tasa; que estaba obligado á conquistar la libertad de los mares, para conquistarla á combatir á los ingleses; para combatir á los ingleses, á embarazar los movimientos del comercio, pero que entre tanto la industria de Francia y la del continente nacian de estas mismas trabas. No obstante, bien embarazado se hubiera visto si uno de aquellos especuladores sobre azúcares ó algodones le hubiera preguntado á él, especulador de otra especie, si para combatir á Inglaterra, le era absolutamente necesario conquistar las coronas de Nápoles, de España, de Portugal y dotar con ellas á sus hermanos; si esta dificultad de establecer su dinastía sobre tantos tronos no habia aumentado singularmente la de triunfar de las pretensiones marítimas de Inglaterra; si con los Borbones trémulos y sumisos en Madrid y Nápoles no hubiera obtenido tanta cooperacion á sus miras como con sus hermanos casi rebeldes; si los ejércitos franceses diseminados en Nápoles, Cádiz, Lisboa, no producirían mejor efecto arriesgándose entre Calais y Douvres; sí, admitida en todo caso la necesidad de estas conquistas, no hubiera debido empezar por lanzar al mar á lord Wellington, contentándose con el

bloqueo continental de la manera que lo practicaba Rusia, en vez de cambiar súbito de sistema, dejar triunfantes en la península á los ingleses, para ir á buscar al Norte una nueva guerra de éxito dudoso, bajo pretexto de obtener en la observancia del bloqueo un grado de exactitud de que no habia necesidad indispensable para reducir el comercio británico; y si variar de plan de continuo, correr de un medio á otro sin completar plenamente ninguno, todo por vanidad, orgullo, deseo de someter el universo á su capricho, era manera directa y segura de dar al traste con la ambicion tiránica de Inglaterra.

No se halló este preguntador, que pusiera á Napoleon en sumo aprieto, y quedó por decir la verdad; pero callar la verdad es ocultar el mal sin evitarlo. Sus estragos secretos son tanto mas peligrosos por revelarse todos á la par, y cuando no es tiempo de remediarlos.

A las dos causas de malestar, que hemos dado á conocer, la quinta y la crisis comercial, se agregaba otra, la disputa religiosa que se acababa de agravar de resultas de un nuovo estallido de la vehemente voluntad de Napoleon.

Se ha visto mas arriba á qué punto se habia llegado respecto del papa detenido en Savona. Napoleon le habia enviado los cardenales Spina y Caselli para obtener ante todo y por medio de conferencias benévolas la institucion canónica de todos los obispos nombrados, que constituia la principal dificultad con la Iglesia, y ademas para sondearle sobre un ajuste de todas las diferencias del imperio con el papado. Siempre queria Napoleon hacer aceptar á Pio VII la supresion del po-

der temporal de la Santa Sede, la incorporacion de Roma al territorio del imperio, el establecimiento de un papado dependiente de los nuevos emperadores de Occidente, con residencia en París ó Aviñon, disfrute de magnificos palacios, dotacion de 2.000.000 de francos, y con otras ventajas más, si bien debajo de la autoridad del emperador de los franceses, como la Iglesia rusa bajo la autoridad de los czares y el islamismo bajo la autoridad de los sultanes. Al pronto Pio VII hizo un recibimiento harto frio á los dos cardenales, bien que á poco suavizóse respecto de ellos, no se manifestó absolutamente contrario á la institucion canónica de los obispos nombrados, aunque si poco propicio á conferirla pronto, con el fin de conservar un medio eficaz de constreñir á Napoleon á ocuparse en los asuntos de la Iglesia, y pareció resuelto á no admitir las ventajas materiales que se le ofrecian, pidiendo solamente las catacumbas por residencia y algunos cardenales para aconsejarle, y prometiendo, si le concedian la libertad, la pobreza y un consejo, sacar á luz todos los asuntos religiosos retrasados y no provocar á la rebeldia al pueblo en cuyo seno fuera á esconder su destitucion temporal.

Aunque vueltos los dos cardenales sin conseguir nada, llegaron á conceptuar que el papa no seria invencible, que con buen trato, concediéndole un consejo que le ayudara ó despachar los asuntos de la Iglesia, volveria á ejercer sus funciones pontificias hasta sin salir de Savona, resignándose á vivir allí porque allí estaba, y porque en aquella especie de carcel nada consagraba con su adhesion, al par que dejándose trasladar á Avi-

ñon ó á Paris, aceptando dotaciones, sancionaria los decretos imperiales en el hecho de concurrir á que se pusieran en planta. De las entrevistas habidas posteriormente con el papa por Mr. de Chabrol, prefecto de Montenotte, se podian sacar las mismas consecuencias, y Napoleon buscaba el modo de conciliar las inclinaciones del papa con sus propias miras, cuando muchos incidentes sobrevenidos de golpe, le arrastraron á una exasperacion inaudita y á los actos mas violentos.

Sin duda se hace memoria del expediente imaginado para administrar provisionalmente las diócesis en las cuales habia preladados nombrados y no instituidos. No se contaban menos de veinte y siete diócesis en este caso, y entre el número se hallaban sillas como Florencia, Malinas, Paris, etc. Unos de voluntad propia y otros á la fuerza, todos los cabildos habian conferido la calidad de vicarios capitulares á los obispos nombrados, lo cual les permitia gobernar sus nuevas diócesis al menos como administradores. De esta suerte administraba la de Paris el cardenal Maury, nombrado para esta mitra arzobispal en reemplazo del cardenal Fesch, y no instituido todavía; solo que tenia que sufrir muchas contrariedades de su cabildo, y cuando, segun dejamos expuesto, queria llevar en ciertas ceremonias religiosas delante de sí la cruz, como signo esencial de la dignidad episcopal, no mas que algunos canónigos dóciles quedaban á su lado, y los demas, y Mr. de Astros á la cabeza, se escapaban con afectacion ofensiva.

A cada inconveniencia del clero hacia Napoleon oír el rugido del león, pero no se irritaba por largo tiempo, contando con arreglar todos los asuntos

eclesiásticos á la vez y dentro de un término breve. Sin embargo, relaciones llegadas de Florencia, de Turin, de Paris, le revelaron una trama urdida en la sombra por sacerdotes y devotos fervientes, á fin de hacer imposible el método provisional de administrar las iglesias. Secretamente habia escrito el papa á varios cabildos para comprometerles á no reconocer como vicarios capitulares á los preladados nombrados y no instituidos. Fundábase en ciertas reglas canónicas harto mal interpretadas, y sostenia que este método de administracion era contrario á los derechos de la Iglesia romana, porque conferia á los nuevos preladados la posesion anticipada de sus sillas. Al cabildo de Paris habia dirigido una prohibicion formal de reconocer al cardenal Maury como vicario capitular, y al mismo cardenal una amarguísima carta, en que le convenia por su ingratitud hácia la Santa Sede, que le habia acogido en su destierro, dotado con muchos beneficios, y especialmente con el obispado de Montefiascone (como si este cardenal no hubiera hecho por la Iglesia tanto cuando menos como la Iglesia por él), y le intimaba, bajo pena de desobediencia, que renunciara á la administracion de la diócesis de Paris. Por un extraño descuido, esta doble misiva fué dirigida al cabildo y al cardenal por la via del ministerio de Cultos, con otros muchos despachos relativos á asuntos de poca monta que de vez en cuando solia expedir el papa. Habiendo abierto el ministro estos pliegos sorprendióse de su contenido, nada quiso decir al cardenal por temor de afligirle y lo remitió al emperador todo, siendo facil de concebir su extremada irritacion al ver los esfuerzos del papa detenido,



para hacer que se desvaneciera en sus manos el único medio de administrar las diócesis vacantes. Recomendó el secreto, y dispuso que se practicasen pesquisas para asegurarse de si existian otras remisiones de cartas del papa. Al mismo tiempo le llegaban de Toscana y del Piamonte informes exactamente semejantes. Mr. d'Osmond, nombrado arzobispo de Florencia y en camino á la sazón para dirigirse á su nueva diócesis, se encontró en Plasencia con una diputacion del cabildo de Florencia, encargada de declararle que habia ya vicerio capitular en ejercicio, que no era posible elegir otro y que sobre esto se habian recibido órdenes apremiantes de Savona, estando resuelto no desobedecerlas. Este desgraciado arzobispo, tan prudente como tímido, se detuvo en Plasencia, luchando con las perplejidades mas crueles. La princesa Elisa, hermana de Napoleon, que gobernaba su ducado con una hábil mezcla de suavidad y energía, fué informada de esta trama, llamó á su presencia al principal agitador del cabildo, y además á cierto abogado que servia de medio de comunicacion con el papa, hizo que se le entregara la correspondencia de este y enviolo todo á Napoleon antes de adoptar ninguna providencia severa. En el Piamonte Mr. Dejean, nombrado para la mitra de Asti, fué recibido de igual modo, y aun con menos miramiento, pues sin previo aviso se le negó toda autoridad sobre su nueva diócesis, significándole que ninguna situacion podian concederle, ni aun la de administrador provisional. A imitacion de su cuñada, el príncipe Borghese, gobernador del Piamonte, despachó á París los documentos de este singular y osado conflicto.

Viendo Napoleon la simultaneidad de accidentes semejantes en puntos no poco distantes unos de otros, descubrió de seguida un sistema de resistencia harto bien combinado, y cuyo resultado debia ser obligarle á tratar inmediatamente con el papa ó suscitar un verdadero cisma. Su ira estalló al cabo. Casi al mismo tiempo, en los dias 29, 30 y 31 de diciembre de 1810, supo los sucesos que acaban de ser referidos. Su empeño fué atajar donde quiera la propagacion de las cartas del papa, y para conseguirlo se propuso infundir terror á los portadores de estas cartas, á los que las habian recibido y á los que todavia fueran depositarios de ellas. Al dia siguiente, 1.º de enero de 1811, debia recibir los homenajes del gran cuerpo del Estado, y especialmente del cabildo y el clero de París. No pronunciaba discursos de aparato en tales solemnidades, sino que solia hablar familiarmente á unos y á otros, segun el humor del dia, recompensando á estos por algunas atenciones lisongeras, castigando á aquellos con palabras en que el poder del talento se juntaba al poder del trono, para agobiar á los infelices que habian caido en su desagrado. Su sagacidad prodigiosa, penetrante como su mirada, parecia profundizar hasta el seno del alma. A la cabeza del cabildo de París se hallaba el abate de Astros, eclesiástico apasionado é imprudente, acerrimo parcial de todas las ideas del clero hostil al Imperio. Sabiendo Napoleon con quien se las habia, abordó instantáneamente los puntos mas arduos de la disputa religiosa, y de modo de provocar de parte de su interlocutor alguna imprudencia que sirviera para iluminarle. Salió á maravilla, y despues de haber hecho decir al abate de

Astros cuanto necesitaba y de tratarle con aspereza, llamó acto continuo al duque de Rovigo que estaba en palacio y le dijo: O mucho me engaño, ó este abate tiene las misivas del papa. Detenedle antes que salga de las Tullerías, interrogadle, disponed que se registren sus papeles al mismo tiempo, y de seguro se descubrirá en ellos todo lo que hace falta saber.

Para que el escándalo fuera menor, el duque de Rovigo suplicó al cardenal Maury que llevara al ministerio de Policía al abate de Astros, y al par dispuso que se registrara la casa. Como el duque de Rovigo había adquirido ya la dextreza necesaria para ejercer sus nuevas funciones, al interrogar al abate de Astros fingió saber lo que ignoraba, y así obtuvo noticia de todo lo que había pasado. Confesó el abate de Astros que había recibido los dos breves del papa, uno para el cabildo y otro para el cardenal, afirmando, sin embargo, que aun no los había propagado, y muy imprudentemente vino en Laber hablado de ellos á su pariente Mr. Portalis, hijo del antiguo ministro de Cultos y miembro del consejo de Estado imperial. Inmediatamente los dos agentes enviados á casa del abate de Astros hallaron las dos cartas pontificias y otros muchos papeles que revelaron por completo la trama tras de cuyo descubrimiento se iba. Se supo que existía en París un pequeño consejo de sacerdotes franceses y romanos en frecuente comunicacion con el papa, concertando con élla conducta que se debía observar en cada circunstancia y correspondiéndose por medio de personas de confianza de París á Lion y de Lion á Savona. Cuando todo fué así descubierto, Napoleon que

deseaba imponer miedo, empezó por elegir la primera víctima y esta fué Mr. Portalis. Hijo del principal autor del concordato, sumiso á la Iglesia, bien que no menos sumiso al emperador, había creído conciliar los diversos deberes de su posición diciendo á Mr. Pasquier, prefecto de policía y amigo suyo, que circulaba un breve del papa muy de sentir y muy capaz de sembrar la discordia entre la Iglesia y el Estado y que se haría muy bien en recogerlo (1) pero se limitó á este aviso, y no designó á su pariente el abate de Astros, porque sus deberes de consejero de Estado no le obligaban de ninguna manera á ser denunciador de su propia familia.

Hallándose reunido el consejo de Estado el 4 de enero y asistiendo Mr. de Portalis á la sesión, empezó Napoleon por referir lo que acababa de pasar entre el papa y ciertos cabildos, expuso las tentativas descubiertas y encaminadas, en su concepto, á arrastrar á los súbditos á la desobediencia respecto de su soberano: despues afectando extremado dolor añadió que su mayor pena en tal circunstancia era hallar entre los delinquentes un hombre á quien había colmado de mercedes, el hijo de un antiguo ministro á quien había amado mucho, un miembro de su propio consejo allí presente, Mr. Portalis. De seguida y dirigiéndose á él brusca-

(1) Refiero estos pormenores con sujecion á los documentos, esto es, á las cartas de Napoleon, del ministro de Policía, del prefecto del propio ramo, de la princesa Elisa, del príncipe Borghese y del ministro de Cultos. Estoy, pues, muy seguro de cuanto digo: y no está demás advertir que la explosion de la cólera de Napoleon, de que fué víctima Mr. de Portalis, tuvo lugar, no con motivo de bula de excomunion, como se ha escrito otras veces, sino del breve al cabildo de París.

mente le preguntó á quema ropa, si habia conocido el breve del papa, si habiéndolo conocido habia guardado secreto, si esto no era un verdadero desman, una traicion y una negra ingratitud á la vez, é interrogando asi á Mr. Portalis cosa tras cosa, no daba lugar á que le respondiera. Hemos visto las demasias de la muchedumbre, á la sazón corria el tiempo de las demasias del poder. Mr. Portalis, magistrado eminente, cuya energía no se hallaba por desgracia al nivel de sus altas luces, hubiera podido levantar la cabeza y responder á su señor de modo que le pusiera en aprieto; mas solo supo balbucear algunas palabras entrecortadas, y olvidando Napoleon lo que debia á un miembro de su consejo, al consejo mismo y á sí propio, le dirigió este apóstrofe fulminante.—Id fuera, id fuera, y no volvais aqui mas.—Tremulo se levantó el consejero de Estado tratado con tanta violencia, cruzó llorando el salon del consejo y se retiró casi anonadado entre sus colegas estupefactos.

Aunque en todos tiempos la malignidad humana experimenta una secreta satisfaccion ante el espectáculo de las desgracias ruidosas, no fué este el sentimiento que se despertó entonces. La compasion y el decoro herido dominaron al consejo de Estado, que se dió por ofendido de tal escena, y lo manifestó, no con murmullos, sino con una actitud glacial. No hay poder, por inmenso que impere, á quien sea dado ajar impunemente la dignidad de hombres reunidos. Bajo el imperio del miedo puede callar su boca, pero su rostro habla á pesar de ellos. Reconociendo Napoleon en la sola actitud de las presentes que habia estado inoportuno y cruel, experimentó indecible embarazo, y va-

namente trató de salir de él afectando un exceso de dolor casi ridiculo, diciendo lo mucho que le dolia verse obligado á tratar de tal modo al hijo de un hombre á quien habia amado; que el poder imponia penosas obligaciones; que de todos modos era menester cumplirlas por mucho que costara, y mil vaciedades de igual especie, que no conmovieron á nadie. Se le dejó que se agitara en este vacío, y se retiraron todos sin hablar palabra. Despues de Mr. Portalis el emperador fué el mas castigado.

A este arranque quiso añadir Napoleon providencias mas eficaces, á fin de intimidar á la parte hostil del clero y de precaver las consecuencias de las intrigas que acababan de ser descubiertas. Hizo prender á Mr. de Astros, detener ó alejar de París á varios eclesiásticos de los pertenecientes al conciliábulo de que se habia adquirido noticia: ordenó á su cuñado el principe Borghese y á su hermana Elisa que mandaran prender á los canónigos reputados por agitadores de los cabildos de Asti y Florencia, enviarlos á Fenestrelle, declarar á los citados cabildos que, si no se sometian al instante y no conferian inmediatamente á los nuevos pretados la calidad de vicarios capitulares, serian suprimidas las sillas, con las sillas los canonicatos, y los canónigos recalcitrantes encerrados en prisiones de Estado. Al cabildo de París le fué declarado lo propio.

Estas violencias fueron seguidas de otras disposiciones de indole todavía mas triste, porque llevaban el sello de una cólera mezquina. Napoleon hizo separar al papa de todos los que le habian rodeado hasta entouces, excepto uno ó dos domésticos de quienes estuviera seguro, no de-